

des primarias para formar dimensiones, podremos ser capaces de construir una ciencia galileana de la axiología.

ROBERT S. HARTMAN

La España ilustrada, por Jean Sarrailh. Fondo de Cultura Económica, México, 1957.

Jean Sarrailh, el ilustre Rector de la Universidad de París y uno de los más destacados hispanistas de la Europa occidental, publicó en 1954 este importante trabajo para la historia de las ideas en el mundo ibero, *La España ilustrada en el siglo xviii*. Este libro no podía quedar fuera del alcance de los investigadores y lectores de habla hispana; por ello el Fondo de Cultura Económica hizo su publicación en castellano el pasado año de 1957, magníficamente traducido por Antonio Alatorre. *La España ilustrada* continúa y completa una parte de la Historia de la Cultura y el Pensamiento españoles iniciada por otro francés, Marcel Bataillon, con su *Erasmus en España*, y continuada por Fernand Braudel, con su obra *El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en la época de Felipe II*. Cada uno de los tres hispanistas franceses, partiendo del punto de vista de sus respectivas preocupaciones, ha ofrecido un panorama del mundo hispano en tres de las etapas claves de su historia. De una historia que es también la de los países que han heredado esa cultura en nuestra América. De allí la importancia de estos trabajos y, en forma especial, el trabajo de Jean Sarrailh.

Las cuestiones, los problemas, que se ventilaron en la España del siglo xviii, van a repercutir en los países de la América hispana dependientes, entonces, de la Corona española. Los esfuerzos realizados por los ilustrados españoles para transformar a España van a ser imitados por nuestros ilustrados

en la América hispana. Los obstáculos, los problemas con que se tropezaron los ilustrados españoles van a ser también los obstáculos y problemas con que se tropiecen los ilustrados de nuestra América. Jean Sarrailh destaca y perfila el mundo sobre el cual van a actuar los ilustrados hispanos. Un mundo oscuro, lleno de supersticiones producto de la más crasa ignorancia. Un mundo que era todo lo opuesto de la España anhelada por los ilustrados, de la España llena de luces y racionalista. Dos mundos van a entrar en conflicto, en un conflicto que aún dura: el mundo propio de la España aferrada a un pasado glorioso, pero ya inocuo, y el mundo imaginario, utópico, hecho de anhelos, de los ilustrados que se empeñaban en revitalizar a España, de incorporarla en los caminos que seguía la Europa occidental, los caminos del progreso. Dice Sarrailh, "es conveniente distinguir a los dos grupos, de importancia desigual, que van a frentarse uno al otro durante la segunda mitad del siglo xviii: reducido el uno, pero animado de una firme confianza y de un ardor generoso en su misión de apostolado y de educación; el otro, inmenso, petrificado en su rutina y en su indiferencia hacia las cosas del espíritu". El grupo de las "personas cultas que piensan", como diría Voltaire, y el del "populacho que no está hecho para pensar". El primero, en absoluta minoría, tratando de forzar al segundo a abandonar la rutina y a marchar por los nuevos horizontes que abría la razón y la ciencia.

La obra de Sarrailh está dividida en tres grandes partes. La primera, titulada "La masa y la minoría", está destinada a mostrar la sociedad sobre la cual habrá de actuar esa minoría llamada culta y el espíritu y formación de la misma. La segunda parte, titulada "Los principios y las armas de la cruzada", está, como su nombre lo indica, destinada a mostrar los principios, la fe que animaba a esa minoría y los

instrumentos de los cuales se iba a servir para transformar a una masa que parecía petrificada. En cuanto a la tercera parte, la titulada "Panorama del Pensamiento Nuevo", se encarga de mostrar los logros, los alcances, de la cruzada a que se entregaron los ilustrados hispanos.

La Primera Parte nos da una visión de la ruda realidad con la cual tuvieron que enfrentarse los Jovellanos. La dura realidad hispana sobre la cual trataron de levantar un mundo nuevo. Una realidad no sólo rebelde, sino hostil a cualquier transformación. Por estas páginas desfila un mundo lleno de superstición e ignorancia, un mundo cuya descripción recuerda mucho a la que han hecho sobre su propio mundo nuestros Sarmiento, Lastarria, Bilbao, Montalvo, Mora y otros muchos más de la pléyade hispanoamericana que se empeñó, también, en transformar su realidad. "Apego al pasado, sin duda —dice Sarrailh—, pero también resignación frente a unos males que se tienen por incurables; convicción trágica de que nada se puede cambiar en el estado presente, aun cuando acaso se le juzgue confusamente imperfecto." Renuencia a todo cambio. A un cambio que se consideraba innecesario, ya que sus padres, y los padres de sus padres y muchos antepasados habían podido vivir con esos mismos hábitos y costumbres. La historia parece haberse detenido en esta España. Todo sigue igual. La ignorancia es propia de señores y vasallos, aunque sean los primeros los que mejores logros alcancen con ella al explotar, con dureza, a los segundos. Explotación e ignorancia que se expresan, a su vez, como miseria. Una miseria que azota, especialmente, a los más débiles. Tierras desoladas, a pesar de sus naturales riquezas, que hacen exclamar a Jovellanos "¿Por qué en nuestros pueblos hay muchos brazos sin tierra, y en nuestros campos muchas tierras sin brazos? Acérquense unos a otros, y

todos estarán socorridos." Pero no sucede tal, la miseria, la ignorancia y la superstición no hacen otra cosa que atraer más miseria y, con ella, la peste que diezma brazos y transforma las tierras en cementerios. Pero a todo esto habrá que agregar una nueva calamidad, igualmente producto de la ignorancia de una sociedad que había perdido el sentido de la solidaridad. A la "falta de trabajo y a las enfermedades" habría que agregar "las cargas que pesan sobre los desdichados campesinos, los innumerables tributos que deben a los propietarios, a los distintos señores, eclesiásticos o civiles, y al Estado". Pues "mientras los labradores sucumben bajo el peso de los impuestos, otras clases sociales, mucho menos esenciales para la nación están libres de ellos".

Pero, ¿podía cambiar esto? Tal es lo que intentan los ilustrados españoles. Pero en su afán tropiezan con los hábitos y costumbres de esa misma masa miserable y explotada, azotada por todas las calamidades, que se negaba a cambiar, a transformar el mundo que le había tocado en suerte para su desgracia. El progreso está ofreciendo medios para hacer menos difícil el trabajo, para ahorrar esfuerzos al hombre; sin embargo, los cansados campesinos se niegan a adoptar herramientas y métodos que no sean los de sus antepasados. Dice el Duque des Cars: "era un principio absoluto hacer siempre lo que se había hecho el día anterior, y hacerlo absolutamente de la manera como se había hecho". "Los campesinos —dice Salsedella— cultivan los campos como lo hicieron sus abuelos." "No harán nada que no haya sido hecho por sus padres." Obstinación en el pasado, apego suicida a lo hecho sin procurar su transformación. Por eso el argumento patriótico, dice Sarrailh, "el apego a la tradición nacional, se esgrime a cada momento y, ampliamente desarrollado, se convierte en excelente tema oratorio". Y lo que se expresa en el campo, entre

los labradores, y en la clase media, llega igualmente a los que se suponía centros del espíritu y de la cultura: "Finalmente —dice Sarrailh—, los catedráticos de las universidades, en su gran mayoría, demuestran una obstinada adhesión al pasado y se niegan, en la medida de lo posible, a adoptar las reformas que podrían introducir en esos organismos escleróticos un poco de juventud y de audacia, un poco de curiosidad espiritual y alguna libertad de juicio."

Frente a este mundo está "la minoría selecta". Laborde, en su itinerario descriptivo de la España que pudo ver con toda su miseria, agrega un párrafo recogido por Sarrailh por su importancia para la revolución hispana que se gestaba: "Sin embargo —dice Laborde—, viven en España algunos sujetos excelentes que están imbuidos de los principios de la buena filosofía moderna; pero se hallan en la capital y en algunas de las ciudades importantes del reino; son demasiado pocos y están demasiado mal retribuidos para poder propagar bien las luces." Pues, es esta minoría, estos pocos, la que realiza la hazaña que nos describe Sarrailh. Sus esfuerzos para transformar hábitos y costumbres son analizados; sus esfuerzos y lo que lograron en el campo de la política, la economía y la cultura. La ciencia, pese a todo, entra en las universidades. Aristóteles sigue vivo en las universidades, pero ya no se jura por él y se le discute a la luz del nuevo racionalismo. La ciencia experimental cunde por todo el reino y llega a las colonias, en donde destacan figuras a la altura de las españolas. Allí está Feijóo —"periodista" de genio, como le llama Sarrailh— difundiendo los nuevos hechos, las nuevas experiencias y los testimonios que ponen fin a viejos errores. Los ilustrados españoles tratarán, siguiendo la línea de sus antecesores los "erasmistas", de conciliar las nuevas ideas con la tradición, el futuro con el pasado, la heterodoxia con la ortodoxia. Vano em-

peño. "Este espíritu nuevo, por prudente que sea, por mucho que se cuide de no chocar con la ortodoxia religiosa, trae fatalmente una liberación respecto de las autoridades consagradas." Pronto serán acusados, como los "erasmistas" en el siglo XVI, de herejes. Allí está Feijóo, riéndose y bromeando de la autoridad máxima, Aristóteles.

Pero Cadalso, Jovellanos y otros muchos más, pese a su minoría, se van imponiendo después de rudos combates contra la ignorancia y la obstinación que se aferra a ella. "Abejas activas" contra "maléficos zánganos" es la lucha en la que las primeras tratan de triunfar y lo logran, aunque después de duros descabros. "El progreso del espíritu científico y la difusión de las ciencias modernas —dice Sarrailh— no fueron posibles sino a costa de verdaderos combates, llevados a cabo unas veces contra enemigos anónimos, y otras contra adversarios declarados." De esta lucha, abierta o sorda, nos ofrece el hispanista francés un magnífico capítulo. La ortodoxia, producto del miedo, no tarda en hacer su aparición, y con ella las prohibiciones que frenan la obra realizada. Para triunfar sobre ella, o al menos, para sobrevivir a sus ataques, se hacen ensayos conciliatorios que recuerdan a lo que hicieron en las colonias de América los llamados "eclécticos". La ciencia no está en pugna con la religión. El racionalismo no amenaza a los dogmas. La astronomía, entre otras ciencias, se dice, no amenaza la religiosidad de los españoles. El naturalista francés Buffon, que influye tanto en los nuevos puntos de vista de los españoles sobre la naturaleza, es defendido en sus ideas por uno de estos ilustrados hispanos tratando de demostrar la ortodoxia de sus ideas en el campo religioso.

¿Cuál fue el resultado de esta lucha?
¿Triunfó la Ilustración? ¿Las luces ahuyentaron las sombras del pasado? La respuesta no es afirmativa ni negati-

tiva. España no se transformó, tampoco se incorporó de pleno en las nuevas corrientes de la cultura; pero se hizo presente a través de los esfuerzos de esa heroica minoría. Por ello Sarrailh hace suya la opinión de Marañón cuando dice: "España, tal vez, no se incorporó como nación al movimiento enciclopedista, que acaso fue en todas partes actitud de minorías selectas. Pero tuvo, como siempre, entre sus hombres, los grandes titanes aislados encargados de que no rompiese la línea de continuidad de la civilización." Esos grandes titanes, o gigantes, se harán presentes en cada una de las etapas críticas de la cultura española. Bataillon nos habló de los que llevaron el sobrenombre de "erasmistas", ahora Sarrailh nos habla de los "ilustrados". Minorías selectas que se hicieron presentes ayer, como hoy; el mismo tipo de minorías a las que pertenecen los Unamuno, Ortega, Baroja y otros muchos más, igualmente empeñados en transformar a España. El mismo tipo de minorías que en cada uno de nuestros países en la América ibera ha tratado de realizar revolución semejante, independientemente de los resultados de la misma. De allí la importancia, para nuestra América, de un libro como el que aquí se ha comentado.

LEOPOLDO ZEA

La filosofía americana, su razón y su sin razón de ser, por Francisco Larroyo. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1958.

Consideramos que en México los estudios sobre la llamada filosofía de lo mexicano y sobre la filosofía de América han pasado a una segunda etapa. Consta a los observadores de nuestra vida filosófica que hace algunos años las aportaciones a esta corriente se sucedían

rápida, febrilmente, irreflexivamente a veces incurriendo con frecuencia en pecado de poco rigor filosófico. Ahora, muchos de los que participaron en aquel movimiento se avergüenzan un poco y procuran hablar lo menos posible de ello; sin embargo, esto que llamamos segunda etapa está en marcha y se encuentran varios pensadores trabajando en ella. Se trata, desde luego, de una etapa crítica a la anterior en muchos aspectos, en otros, ampliadora, universalizadora. El ejemplo lo tenemos en tres obras de reciente aparición: *América en la historia*, de Leopoldo Zea; *La invención de América*, de Edmundo O'Gorman y esta *Filosofía americana* que ahora comentamos.

Es Francisco Larroyo un caso singular, pues no se trata de un pensador afiliado o emparentado con el historicismo orteguiano y diltheyano o con el existencialismo en sus diversos matices, como lo han sido hasta ahora casi todos los integrantes de la corriente, sino de un idealista crítico arraigado a la tendencia representada por Natorp, Cohen, Windelband y, un tanto, Husserl. Empero, corre peligro de equivocarse quien se atiene a las etiquetas y no atiende a la movilidad fundamental del pensamiento y la vida de los autores. Larroyo siempre ha desconcertado un poco a los ortodoxamente neokantianos, puesto que, al contrario de ellos, no está dispuesto a jurar por la obra de los maestros; y no dudamos que la lectura de este libro aumentará el desconcierto de aquéllos y de muchos que no hayan estado atentos a la evolución del pensamiento del filósofo mexicano.

—Yo, dijo en cierta ocasión el doctor Larroyo al autor de esta nota, me he acercado al historicismo y al existencialismo, pero con un bagaje lógico y pedagógico. Y, en efecto, este libro es una aproximación al tema de la filosofía de América, pero una aproximación crítica, hecha desde el punto de vista de la contextura lógica de las filosofías.